

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
Y  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**47-48**

*JULIO-DICIEMBRE*

**1952**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

**DR. LUIS GARRIDO**

Secretario General:

**DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

DIRECTOR:

*Salvador Azuela*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . . \$ 11.00

Exterior . . . . . Dls. 2.00

Número suelto . . . . . \$ 3.00

Número atrasado . . . . . 4.00

## Sumario

### ARTICULOS

|                                   | Página.  |
|-----------------------------------|--|
| Juan David García Bacca . . . . . | <i>Las ideas de ser y estar; de posibilidad y realidad en la idea del hombre, de la filosofía actual</i> . . . . . 9 |
| Samuel Ramos . . . . .            | <i>El pensamiento de John Dewey</i> . . . . . 41   |
| Ramón Xirau. . . . .              | <i>John Dewey y la experiencia estética</i> . . . . . 51   |
| Adolfo Sánchez Vázquez . . . . .  | <i>Humanismo y visión de España en Antonio Machado</i> . . . . . 61  |
| Eduardo Luquín . . . . .          | <i>José Enrique Rodó</i> . . . . . 79  |
| Agustín Millares Carlo . . . . .  | <i>Juan Ruiz de Alarcón en la Biblioteca Nacional de Madrid (siglos xvii-xviii)</i> . 117                            |
| Oswaldo Robles . . . . .          | <i>En torno al De Anima de fray Alonso de la Vera Cruz</i> . . . . . 135   |
| Francisco Guerra. . . . .         | <i>Las ideas médicas de fray Alonso de la Vera Cruz</i> . 161  |
| Julio Jiménez Rueda. . . . .      | <i>El centenario de don Rafael Delgado</i> . . . . . 175   |
| Francisco Monterde . . . . .      | <i>Trayectoria de Rafael Delgado, como cuentista</i> . 183   |
| Juan A. Ortega y Medina . . . . . | <i>El problema de la conciencia cristiana en el Padre Hidalgo</i> . . . . . 193                                      |
| Justino Fernández . . . . .       | <i>Los dos Hidalgos de Orozco</i> . 213  |
| Juan Hernández Luna . . . . .     | <i>Hidalgo en la conciencia de los liberales</i> . . . . . 223   |

|                                 | Págs.  |
|---------------------------------|--|
| Roberto Ramos . . . . .         | <i>Libros que leyó el señor don Miguel Hidalgo</i> . . . . . 233                 |
| Pedro Rojas Rodríguez . . . . . | <i>El mundo económico de Hidalgo</i> . . . . . 247                               |
| Xavier Tavera Alfaro . . . . .  | <i>Hidalgo y "El Despertador Americano"</i> . . . . . 259                        |
| Sergio Fernández . . . . .      | <i>El mensaje del Periquillo en el momento de la Independencia</i> . . . . . 275 |

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

|                                  |  |
|----------------------------------|--|
| José Gaos . . . . .              | <i>Lcibniz zu seinem 300. Geburtstag</i> . . . . . 287   |
| Vera Yamuni . . . . .            | <i>Los principios de la Ontología Formal del Derecho y su expresión simbólica.</i> (Eduardo García Máynez.) . . . . . 294          |
| Margarita Nelken . . . . .       | <i>Historia social y política de Alemania. Historia de España.</i> (Antonio Ramos-Oliveira.) . . . . . 300                         |
| Ferrán de Pol . . . . .          | <i>André Gide: The Ethic of the Artist.</i> (Lawrence Thomas.) . . . . . 307   |
| Manuel Mendoza Sánchez . . . . . | <i>El mito de la nueva cristiandad.</i> (Leopoldo Eulogio Palacios.) . . . . . 310   |
| José Almoina . . . . .           | <i>El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII.</i> (José Ma. Gallegos Rocafull.) . . . . . 315                               |
| Eli de Gortari . . . . .         | <i>Lógica. Teoría de la investigación.</i> (John Dewey.) . . . . . 319   |
| Jesús Zamarripa Gaitán . . . . . | <i>La poesía.</i> (Johannes Pfeiffer.) . . . . . 323   |
| Ismael Diego Pérez . . . . .     | <i>El Cid Campeador.</i> (Ramón Menéndez Pidal.) . . . . . 327   |
| Laura M. de Manzano . . . . .    | <i>El peligro de la libertad intelectual.</i> Tercer Congreso Interamericano de Filosofía. Mesa Redonda de la UNESCO . . . . . 333 |
| J. H. L. . . . .                 | <i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> . . . . . 337   |
| Registro de revistas . . . . .   | 345  |

## HUMANISMO Y VISION DE ESPAÑA EN ANTONIO MACHADO

La obra de Antonio Machado está impregnada de una quemante preocupación por España, que estalla, en los últimos recodos de su vida, en esperanzada pasión. Por eso, suele decirse que es el poeta del 98, el poeta que expresó en versos eternos y profundos la inquietud que abrasaba a todos sus compañeros de generación. Pero, al encasillarse al gran poeta en la rigidez del concepto generacional, se corre, casi siempre, un piadoso velo sobre lo que, sustancialmente, le separaba también de su generación. No se para mientes en los matices singulares, que al correr del tiempo, va revelando su obra y se tiende a ignorar —por supuesto, con fines banderizos— que sus últimos poemas, sus intensos poemas de la guerra, no son más que la natural desembocadura de un ancho y sereno río, que muda de aguas, pero no de lecho.

Voz poética la suya entrañablemente nacional, y por ello, universal, humana, que se alza a una clara cima de poesía, convertida en conciencia luminosa de todo un pueblo, mucho antes de que la hoguera, que arrasó a su patria, iluminase, con mayor intensidad aun, lo que ya era sustancial en su poesía.

Acerquémonos, pues, a este tesoro inagotable de poesía sin anteojeras, situados en el mismo mirador espiritual desde el que pudiéramos contemplar la obra de sus compañeros del 98, es decir, desde el corazón dolorido del problema de España. Partamos, pues, del mismo punto, y movámonos sin perder de vista el común horizonte.

### *Sentido del antiprogresismo y antirracionalismo machadianos*

A Unamuno y Gánivet, España se les revela como problema cuando caen en la cuenta de que su patria se les ofrece como un mundo aparte,

a espaldas de la modernidad europea. Esta modernidad se les muestra, igualmente, carente de valor, inane para su pasión española, incapaz de soportar los valores humanos más profundos y eternos. En verdad, lo que se les revela así, en periodo de descomposición, con la muerte misma ya en sus entrañas, es el sistema burgués que conforma la Europa, que nació y se desarrolló precisamente con la oposición obstinada de la España medieval, caballeresca, feudal. Las soluciones que ambos abrazan son, en esencia, iguales. Unamuno propone un repliegue de las fuerzas espirituales de España hacia el pasado —Edad Media— para no sufrir las consecuencias de la crisis del mundo europeo moderno, burgués. Gaiñet predica la necesidad de que España concentre sus energías en sí misma, que cierre sus puertas a toda acción exterior, para rescatar así los valores que Europa está corrompiendo. Medievalismo en Unamuno; interiorismo hispánico en Gaiñet. Ni uno ni otro aciertan a ver un nuevo horizonte que hiciese del dilema, Edad Media o Edad Moderna, acción exterior o interior, un falso dilema.

Antonio Machado, al iniciar su obra, y aún bastante madura ésta, se mueve dentro de la misma situación histórica social y espiritual.

El mundo moderno —piensa—, el que vive al conjuro de una mágica palabra, “progreso”, está lejos de salvar al hombre. Este mundo se define por una fe inquebrantable en la razón, por una confianza ilimitada en el poder de ésta, por un afán acendrado de intemporalidad, de sacar la razón del tiempo, de la historia misma. Es el mundo del racionalismo burgués, que pretende eternizar el reinado de su razón, que es una razón temporal, clavada en unos anhelos e intereses concretos: los de su clase.

Machado tiene clara conciencia del conflicto entre estos esquemas rígidos de la razón y la vida misma. Pero, en vez de adaptar el traje de la razón al cuerpo de la vida, de la realidad misma, cae, a veces, influido por el pensamiento pragmatista de Unamuno en una actitud desdénosa y, en ocasiones, hostil a la razón.

Se da cuenta, igualmente, de que

“los conceptos o formas captoras de lo real no pueden ser rígidos, si han de adaptarse a la constante mutabilidad de lo real”.

Pero, niega que la razón pueda desproveerse de esa rigidez para alcanzar la lógica real que

## HUMANISMO Y VISION DE ESPAÑA EN ANTONIO MACHADO

“no admite supuestos, conceptos inmutables, sino realidades vivas...”

Machado —cuya influencia bergsoniana en lo que acabamos de decir es notoria— se da cuenta de que la rigidez del racionalismo burgués mata la vida, castra su riqueza vital. Y no ve otra solución que el repliegue de la razón y la reducción del universo afectivo, al mismo tiempo que la sustitución de la lógica —en sus pretensiones de captar lo real— por el pensamiento poético.

Ciertamente, esta concepción de lo real, como algo que cambia, se despliega y desarrolla constantemente, le salvará de esencializar el pasado, fijar una esencia metafísica a España y le impedirá, también, hacer de la tradición o del progreso dos polos en constante repulsión.

El pasado tiene su sentido en función del porvenir, y éste se modela asimismo con la arcilla del pasado, que no es simplemente la tradición muerta de que habla Unamuno, sino también un tejido de esperanzas, un futuro. Y, sin embargo, Machado está más lejos del pasado que todos sus compañeros de generación. El no participa de ese culto a una edad muerta con que alimenta su nostalgia Unamuno. Precisamente porque está lejos de ese pasado muerto —la tradición muerta de Unamuno—, el pasado apócrifo, según Machado, pasado que no es raíz ni alimento del presente, está también el gran poeta contra el presente, que quiere seguir nutriéndose de ese pasado yerto. De ahí, su radical disconformidad con la España de su tiempo, vana prolongación de un ayer muerto, de un pasado que no se resigna a perecer.

El antiprogresismo y antirracionalismo de Machado tienen, sin embargo, el mismo fundamento que el de Unamuno y Gánivet: es oposición a un mundo que no es España, a un mundo que no desea tampoco para su patria. Pero, el problema está ahí, con su impaciente demanda de solución, y es tanto más angustioso cuanto más crecen los males que piden remedio en esa España. Ahora bien, Machado no es un ideólogo, sino ante todo poeta, y hemos de rastrear, por tanto, en su poesía cómo va modulando su espíritu las respuestas a estas exigencias, que la circunstancia española va planteando.

### *El lirismo subjetivo machadiano*

La primera actitud de Machado está representada por la poesía de *Soledades*, escrita entre 1899 y 1907, años en que la preocupación es-



pañola de Unamuno se hace oír a gritos y en que los españoles más lúcidos han recogido el mensaje del suicida Ganivet como un legado de inquietud, como una angustiosa llamarada en sus conciencias.

Son los años en que el problema de España —puesto al rojo vivo con la pérdida de las colonias— sacude la conciencia española y provoca estallidos de protesta organizada entre la clase obrera.

Unamuno va de un lado a otro, pronunciando discursos que hacen el efecto de puñados de sal arrojados en una herida abierta. Y, entre tanto, Don Antonio Machado escribe unos poemas breves, íntimos, llenos de profundo lirismo, en los que la nostalgia y la melancolía dejan oír su voz sosegada, dulcemente herida. En estos poemas, hay un dolor contenido, una tristeza honda, íntima, y sólo el recuerdo y la evocación de la infancia traen un poco de luz a estos versos:

La plaza y los naranjos encendidos  
con sus frutas redondas y risueñas...

¡Alegría infantil en los rincones  
de las ciudades muertas!...  
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía  
vemos vagar por estas calles viejas!

El presente se esconde, entristecido, en el regazo del ayer, del pasado, pero de un ayer íntimo, personal, subjetivo. Todo tiene este sello. El entierro es entierro de un amigo, el recuerdo lo es de su infancia; todo está incrustado en un tiempo concreto, el tiempo del poeta, subjetivizado por uno y otro matiz temporal. La intimidad temporal viene así a hacer más íntima, más subjetiva la situación espiritual del poeta hasta hacer de ella radical soledad.

No hay objetividad en este mundo poético. Las cosas, el paisaje, el tiempo todo se adelgaza para pasar por el estrecho y subjetivo cauce del alma del poeta. La realidad parece estar fuera, ausente de su alma. Sola y solitaria está su alma, enraizada en sí misma, en dura y oscura soledad.

Hay, sin embargo, un poema "Orillas del Duero" que parece disonar en este mundo íntimo, recoleto, becqueriano. Parece como si el poeta hubiera querido abrir, en su obra, una ventana al sol que brilla fuera. Pero, lo que brilla, lo que de España llega con esta luz es sólo la tierra. Con qué emoción el poeta deja el claustro de su subjetividad y contempla

*HUMANISMO Y VISION DE ESPAÑA EN ANTONIO MACHADO*

esta tierra pobre, que basta para despertar en él un sentimiento de admiración:

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,  
espuma de la montaña  
ante la azul lejanía,  
sol del día, claro día!  
¡Hermosa tierra de España!

Y antes había dicho, como si quisiera arropar con su alma la desnudez de estas tierras:

“El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana”.

Y agregaba:

“El campo parece, más que joven, adolescente”.

Tras esta compasiva actitud hacia la pobre tierra notamos que la salida de sí mismo, esta compasión hacia su tierra no es más que pálido reflejo de un dolor, que se extiende a los hombres que viven en ella. El poeta no quería asomarse, desbordar el cauce de su intimidad porque estas tierras y esos hombres le quemaran el alma. La subjetividad, la intimidad no era más que una muralla tendida a su alrededor para alejarse de la realidad, de esta realidad acuciante de España, que llegaba hasta él aunque no fuese más que a través de los gritos e imprecaciones de Unamuno. Pero, la soledad se ha quebrado. En su alma penetra otro mundo, el mundo que estaba fuera, con ese rayito de sol que calienta la pobre tierra soriana. Ya no es posible seguir enclaustrado, ensimismado. Algo llega de fuera que *no permite enraizarse en la raíz de sus solos e íntimos sentimientos*; algo que viene a quebrar esta soledad, que se alza porfiadamente ante ella, que la muerde en su corazón mismo. Y el poeta pregunta:

¡Oh, soledad, mi sola compañía,  
oh musa del portento, que el vocablo  
diste a mi voz que nunca te pedía!  
responde a mi pregunta: ¿con quién hablo?

Hay que salirse de sí, tender la mano al otro y con el otro a España.

*Miseria del subjetivismo poético*

El lirismo subjetivo, el sentimiento individual, anclado en un corazón solitario, se tornan muralla que hay que horadar. Como ese rayo de sol que calienta la pobre tierra soriana, otra realidad se abre paso hasta su alma, y alumbra los soterraños de ésta con una nueva luz. El poeta toma conciencia de los límites de su poesía. Años más tarde ha de explicar con esa sinceridad, que también rimaba con su dignidad, por qué se acogió, entonces, a esa poesía subjetiva, íntima, encuadrando su actitud en la ideología dominante en aquéllos años. Y al hablar así apuntaba a las filosofías nietzscheana, pragmatista, bergsoniana; pero ésto, evidentemente, no basta para revelar las profundas razones, que le hacían caminar, solitariamente, por tan estrecha vía.

Y agrega, en el mismo prólogo, fechado en 1919:

“Yo amé con pasión y gusté hasta el empacho esta nueva sofística, buen antídoto para el culto sin fe de los viejos dioses, representados ya en nuestra patria por una imaginería de cartón piedra”.

Sería erróneo ver en la actitud de Machado una mera trasposición de credo estético, y no como en todo gran espíritu creador una radical actitud humana. El subjetivismo poético machadiano guarda estrecha relación con la preocupación española de sus compañeros de generación. La España amarga, que hace gritar de dolor a Unamuno y que empuja a Ganiwet al suicidio, está también en el alma de Machado, con su dramático problema. ¿Y cómo no había de estar en quien se había educado en la visión ginerina de la Institución Libre de Enseñanza, bajo la palabra, dolorosamente contenida, de sus hombres más lúcidos? La realidad española le cerca, le acosa y el poeta cree que, cantándose a sí mismo, refugiándose en la nostalgia, en la evocación, en el recuerdo se salva de ella. Este subjetivismo es una reacción negativa ante la vida espiritual achatada, ante la oquedad de la vida oficial española, ante los males que los “regeneracionistas” de la época señalan.

El romanticismo tardío de esta poesía machadiana, que el poeta absorbe a través de Bécquer expresa, en su afirmación de sí mismo, su disconformidad con lo que le rodea. El romanticismo europeo, con su exaltación desbordada del yo, había sido en sus orígenes una forma de

protesta contra la realidad exterior, ya empobrecida y degradada por el mercantilismo burgués. El romanticismo lírico machadiano hay que verlo cargado también de callada protesta contra la podrida sociedad española de la época. Representa una pérdida de la realidad exterior, un alejamiento del otro, para ganar el refugio de la realidad interior. Como el medievalismo unamuniano y el interiorismo hispánico de Gánivet, el subjetivismo machadiano trata de ganar una orilla salvadora, desde una España muerta.

Pero Machado, consciente de que este solipsismo poético es una retirada, que le impide entrar en comunión con las demás almas, y participar así en la tarea común que se avecina, rompe con él y busca, a tientas todavía, una nueva forma de expresión poética, más desnuda, más objetiva, más adecuada para cantar el dolor y la esperanza de España.

Esta actitud poética y humana, que Machado mantendrá hasta su muerte, ha quedado ejemplarmente expuesta por el poeta, más tarde, en su "Abel Martín".

Para Machado, el subjetivismo poético entraña una impotencia: la incapacidad de encontrar "temas de comunión cordial", de "verdadero sentimiento". Este subjetivismo —piensa Machado— es una expresión del individualismo burgués, basado en la propiedad privada.

"El poeta —agrega— exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus coches, sus caballos y sus queridas".

No pretende, sin embargo, darnos una poesía tan objetiva que la individual se ahogue.

"El sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico, porque aunque no existe un corazón en general que sienta por todos, sino que cada hombre lleva el suyo y siente con él, todo sentimiento se orienta hacia valores universales o que pretenden serlo".

El subjetivismo poético acorta, en tal grado, el radio de acción del sentimiento que éste acaba por cantar de falsete. Es lo que acontece al sentimiento burgués que, a fuerza de empobrecerse, de recortarse, acaba por no decirnos nada, dejándonos completamente indiferentes. Y en ello estriba su fracaso.

A esta estética, que expresa conceptualmente más tarde, corresponde la actitud poética —humana— de *Campos de Castilla* y *Nuevas Canciones*.

*Conciencia de la realidad hispana*

Rotas las mallas de la subjetividad, la conciencia del poeta se abre a la realidad esquivada, particularmente a la España de su tiempo. Ahora, no sueña, recuerda o evoca, sino que despierto por el seco y constante aldabonazo de lo exterior, “ha encontrado los ojos para ver lo real”. Cuando el poeta soñaba, entre las paredes de su lirismo íntimo, exclamaba gozoso, “¡Hermosa tierra de España!” Pero este paisaje retorna ahora, a la conciencia machadiana, ensombrecido:

¡Oh tierra triste y noble,  
la de los altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decrépitus ciudades, caminos sin mesones...

Los hombres, que pueblan estas tierras, viven en ellas una existencia mutilada, con los ojos abiertos a oscuros y viles horizontes:

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,  
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,  
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,  
esclava de los siete pecados capitales.

Este retablo desolado del hombre del campo y este paisaje se extiende a otro poema, terriblemente pesimista, en que la adjetivación acongoja el alma: “tarde mustia y desabrida”, “tierra estéril y raída”, “árida llanura”, “tierra esquelética y sequiza”, “agrios serrijones”, “grisés peñascales”, etc.

Este es el campo de Castilla y éstos sus hombres. Pero la ciudad no da mejor abrigo a la ternura y la esperanza:

Huye de la ciudad... Pobres maldades,  
misérrimas virtudes y quehaceres  
de chulos aburrídos y ruindades  
de ociosos mercaderes.

Y hay, sobre todo, el impresionante romance de *La tierra de Alvar-gonzález*, en el que se ahondan estos elementos sombríos y la visión de España se hace más dolorosa, bajo la triste luz de la envidia cainita:

Mucha sangre de Caín  
tiene la gente labriega  
y en el hogar campesino  
armó la envidia pelea.

El tema de la furia cainita, como pasión irrefrenable, que devora a los españoles, está en Unamuno que le dedica su ensayo *La envidia hispánica* y de él pasa a Antonio Machado. Después el tema ha seguido siendo objeto de preocupaciones para quienes la envidia cainita domina los secretos rincones del alma española.

Ciertamente, Machado no hace de este cainismo una categoría esencial hispánica, sino un componente del alma campesina, que acorta el radio de su generosidad bajo el peso del dolor y del sufrimiento. Lo que se llama la furia cainita española, hermana de la crueldad, del rencor y del odio no es más que la pasión que engendra ese sufrimiento. Siglos de dolor, de ira insatisfecha, de opresiones e injusticias alimentan las brasas del odio en el terrible páramo castellano. Pero, es un odio fecundo, un odio que se hermana, a veces, con el amor más hondo, un odio del que ha de nacer el amor verdadero, la honda solidaridad, la generosidad más encendida.

No se dejó arrastrar Machado por los que veían en esta pasión cainita una categoría permanente del hombre español, y tal vez por eso el rostro amarillo de la envidia asoma después, raramente, en su verso.

Ese paisaje y ese retrato humano, que pinta con colores tan sombríos, no son de una España abstracta, sino de esa España concreta de su tiempo, que se empeña en aferrarse a un pasado muerto:

Esa España inferior que ora y bosteza,  
vieja y tahir, zaragatera y triste,  
esa España inferior que ora y embiste  
cuando se digna usar de la cabeza...

Y esa España la simboliza Machado en este hombre del casino provinciano, cuya vida se consume en el tedio y la tristeza, vacía el alma. Tan vacía, tan hueca por dentro, que el poeta se niega a concederle un puesto en el tiempo:

Este hombre no es de ayer ni es de mañana,  
sino de nunca; de la cepa hispana  
no es el fruto maduro ni podrido,  
es una fruta vana

de aquella España que pasó y no ha sido,  
esa que hoy tiene la cabeza cana.

España es sentida como una terrible oquedad. De esa España hueca, inane no puede salir ya nada:

El vano ayer engendrará un mañana  
vacío y ¡por ventura! pasajero.

¡Por ventura!, exclama el poeta, abriendo una ventana a la esperanza. El cuadro sombrío, que había trazado de España y sus hombres, no ha servido para abrir la espita del desengaño, sino para ¡tocar tierra!, como pedía Ganimet, y acercar la mano a los hontanares de que brotará el futuro. Los tonos grises, cenicientos, mustios dejan paso a una nueva luz, que llega todavía por el camino del recuerdo. Andalucía y su infancia la traen, entre las grises peñas.

Y, esta Castilla, ¿ha de seguir viviendo, presa del pasado?

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus trabajos desprecia cuanto ignora.  
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada  
recuerda cuanto tuvo la fiebre de la espada?

Por un momento, parece como si el poeta se quedara con ese pasado, arrebuendolo con nostalgia, ese pasado que quiso esencializar Unamuno y en el que el hombre ibero

... puso a Dios sobre la guerra,  
más allá de la suerte,  
más allá de la tierra,  
más allá del amor y de la muerte...

Son los años en que Machado se debate, solitariamente, entre acuciantes y dolorosos dilemas, buscando la raíz en que ha de insertarse el futuro, pero negándose ya a ver moldeado, esquematizado con patrones muertos el ayer y el futuro de España:

¡Qué importa un día! Está el ayer alerta  
al mañana, mañana al infinito,  
hombres de España, ni el pasado ha muerto,  
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

La esperanza crece; se reverdece el alma, como la rama de su olmo viejo. También España conocerá otra luz, otra primavera. La tristeza no está

en la tierra, sino en el hombre que hunde su planta en ella. Es el hombre quien la cubre de tristeza :

Nosotros enturbiamos  
la fuente de la vida, el sol primero,  
con nuestros ojos tristes,  
con nuestro amargo rezo,  
con nuestra mano ociosa,  
con nuestro pensamiento...

Precisamente porque España no está dada, con una esencia fija, inmutable, Machado abre esperanzado los ojos al futuro. No es la España que tira del ayer muerto, sino una España viva, que tiene sus raíces, a su vez, en lo que vive en el pasado :

Mas otra España nace,  
la España del cincel y de la maza,  
con esta eterna juventud que se hace  
del pasado macizo de la raza.  
Una España implacable y redentora,  
España que alborea  
con un hacha en la mano vengadora,  
España de la rabia y de la idea.

Dé la indignación, el dolor y la desesperanza hemos llegado a esta jubilosa afirmación del futuro. Machado, sin embargo, tiene clara conciencia de que esta España joven, nueva, con que sueña, no es un don que caerá del cielo, sino una empresa, esfuerzo o lucha; es una España que ha de alzarse "con un hacha en la mano vengadora", porque una cuchilla está siempre presta a desgarrar su entraña.

Apenas nazca esa España, pretenderán estrangularla y habrá que acudir, generosamente, a salvarla. Faltan todavía 23 años para que se cumplan estos tremendos y proféticos versos:

¡ Oh tú, Azorían, escucha: España quiere  
surgir, brotar, toda una España empieza.  
¿ Y ha de helarse en la España que se muere?  
¿ Ha de ahogarse en la España que bosteza?  
Para salvar la nueva epifanía  
hay que acudir, ya es hora,  
con el hacha y el fuego al nuevo día.  
Oye cantar los gallos de la aurora.



*Humanismo machadiano*

Hay en Machado una visión de España, en la que el sentimiento de disconformidad y desamparo deja paso a rumbos de salvación, en los que el poeta encuentra fortalecida su ansia encendida de una nueva España. Esta fe nunca cae en el mesianismo, que hallamos en Ganiwet y Unamuno.

Dos son los elementos que cuidan de que su pasión española no sea azuzada por esos vientos mesiánicos: su humanismo, y su amor al pueblo.

El humanismo de Machado no es ese humanismo liberal que se acoge a la fórmula kantiana del hombre "fin en sí mismo, no medio", y que cierra los ojos, piadosamente, ante la explotación del hombre por el hombre, es decir, ante las concretas e implacables relaciones sociales que hacen de un ser humano —el asalariado— un instrumento, medio, no un fin. El humanismo machadiano habla al hombre concreto y, por eso, en trances decisivos, Machado arraigó, firmemente, sus plantas en el suelo de la realidad.

El principio cardinal de su humanismo, lo formula así el propio poeta: "... por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre". Muchos años antes, Marx había reivindicado, como base del verdadero humanismo, que "el hombre sea lo más alto para el hombre".

El valor supremo del hombre es, por tanto, ser hombre. El valor más alto del español no será, en consecuencia, ser español, sino ser hombre, participar en esta faena común, universal, dura y, al mismo tiempo, esperanzadora de hacer del hombre, ante todo, un hombre.

Este empujarse a sí mismo hacia adelante, hacia el libre desenvolvimiento de la personalidad humana, subvirtiendo "todas las relaciones en las cuales el hombre es un ser envilecido, humillado, abandonado, despreciado..." (Marx), es lo que define al verdadero humanismo frente a los que no lo son. Este humanismo tiende a realizar plenamente la personalidad humana, impidiéndole petrificarse, luchando siempre contra la enajenación de su esencia.

"Poca cosa es el hombre —dice Machado— y sin embargo, mirad vosotros si encontrais algo que sea más que el hombre, algo sobre todo, que aspire como el hombre a ser más de lo que es."

## HUMANISMO Y VISION DE ESPAÑA EN ANTONIO MACHADO

Aspirar a ser más de lo que es, cuando se mutila su existencia, cuando se le degrada, cuando no se le deja realizarse, es aspirar, precisamente, a humanizarse, es decir, a insertarse en el largo y penoso camino en el que el hombre ha de ir derribando violentamente las murallas, que le impiden realizarse, encarándose con las relaciones sociales, que mutilan o cercenan la existencia humana.

El humanismo de Antonio Machado es antiburgués. En su nombre, condena la lírica íntima, personal, que trata de acortar el diámetro de la conciencia humana, cuando de lo que se trata es de ensancharlo hasta encontrarse, en una tarea común, con los demás hombres. Poco antes de la guerra civil, en un texto que no se hizo público hasta 1949, insiste en el fin de la corriente subjetivista, que convierte en algo irreal cuanto trasciende al sujeto individual. Machado se da cuenta de que no hay tal vida interior al margen de los otros; que hay solo una subjetividad concreta inserta en las relaciones con los demás. La subjetividad pura es, por otra parte, la negación de la tarea común, que Machado anhela. Por ello, proclama como principios del mañana, la objetividad y la fraternidad.

Cuando más se ahinca el hombre en su soledad, tanto más se limita a sí mismo, tanto más se deshumaniza. Esto lo sabe muy bien el poeta, y de ahí que su humanismo se asiente en la condena de la soledad y del subjetivismo. Y, con esto, pisamos ya el suelo desde el cual Machado verá el horizonte salvador, la solución al trágico dilema en que se han consumido, sin hallar la luz, Ganimet y Unamuno.

Machado reacciona contra una variante española del antihumanismo, contra el "señoritismo". Ya lo había hecho, con punzante ironía, en su *Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de Don Guido*.

Don Guido es el señorito andaluz, que pasa por la vida sin dejar la menor huella en el hondo surco de lo humano:

Alguien dirá: ¿Qué dejaste?  
Yo pregunto: ¿Qué llevaste  
al mundo donde hoy estás?

¿Tu amor a los alamares  
y a las sedas y a los oros,  
y a la sangre de los toros  
y al humo de los altares?

¿Qué es el señoritismo, para Machado? “Una forma, entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre...” El señoritismo vive en España, al mismo tiempo, como tardío y fruto vano de una España muerta, de una aristocracia podrida.

El señoritismo está en el polo opuesto al humanismo, pues como dice Machado:

“el señoritismo ignora, se complace en ignorar —jesuíticamente— la insuperable dignidad del hombre”.

Los señores desprecian, en España, a los señoritos. Ahora bien, los señores, para Machado, son las gentes del pueblo, es el pueblo mismo. El humanismo de Machado nunca es abstracto porque siempre se sostiene en la hombría del pueblo.

El fundamento de la esperanza de Machado en el futuro de su patria proviene, precisamente, de esta confianza suya en la raíz que la aferra para siempre al tiempo: su pueblo.

Cuando se acerca a la historia de España y se detiene morosamente en algunas páginas luminosas, lo que encuentra en ellas, ante todo, es pueblo. Y la verdadera poesía nace también, con el *folklore*, donde es hondo manantial.

“En nuestra literatura —hace decir a su *alter ego* Juan de Mairena— todo lo que no es *folklore* es pedantería.”

Machado está muy lejos —precisamente en la vertiente opuesta— de este nacionalismo ganivetiano, que tras de dejar, con autoritario además, al pueblo fuera del escenario de la historia, pondrá jerárquicamente a una minoría escogida.

“Entre españoles —dirá Machado— lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular.” Y agrega: “...la aristocracia española está en el pueblo; escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores”.

Sólo el pueblo garantiza la realización de lo esencial humano, porque sólo él puede encontrarse con otros pueblos, por encima de los fosos que la patriotería burguesa abre entre ellos. Lo cual, por supuesto, no contradice el más sano patriotismo. Lo que es la patriotería para los señoritos, es el verdadero patriotismo para el pueblo. ¿Y, la patria?

“En los trances más duros —asegura Machado— los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera.”

Para Machado lo esencial hispánico tiene siempre una profunda veta popular. España es tanto más española cuanto más firmemente se sostiene en el pueblo. Por eso, afirma: "... si algún día tuvieráis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poner os al lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos".

La actitud de Machado en la guerra civil española respondía, hondamente, a estas serenas palabras; no era, por tanto, algo accidental, extraño a su obra, sino una esencial y viva prolongación de ella misma. Con esta actitud, Machado igualaba, en un plano hondamente español y humano, conducta y poesía.

Machado había esperado, profetizado, el momento en que una tarea común moviese a las almas, en que un nuevo mundo surgiera. Comprendía y anhelaba ese mundo, que habría de llegar para rescatar la esencia humana enajenada, y sólo se lamentaba de no poder ser un activo forjador de ese mundo, que permitiría desarrollar, al fin, las fuerzas espirituales creadoras del hombre.

"Triste es ir para viejo —dice poco antes de la guerra civil— cuando el mundo se esfuerza en ir para joven."

Percibe, con toda claridad, que ese mundo reclama una nueva poesía, que no puede ser, en modo alguno, la lírica subjetivista, que había condenado hacía ya muchos años, ni tampoco la lírica destemporalizada, deshumanizada de los poetas "puros", con los cuales manifestó, sin rodeos, su desacuerdo. Y es que Machado, pese a sus años, era más joven que ellos, estaba más cerca de la primavera humana que los jóvenes poetas, que con su *destemporalización de la lírica* —palabras de Machado— se insertaban en un viejo y pedregoso camino, sin salida.

"Por todas partes —asegura— las cosas parecen bruscamente cambiar, como si el árbol total de la cultura se renovase por sus más ocultas raíces."

Y estas raíces no son otras que las de las fuerzas que pugnan, ya con victorioso empuje, por salvar al hombre de la degradación en que lo mantiene la sociedad burguesa. Se requiere —es Machado quien lo proclama— una poesía vuelta a la vida, y una cultura que esté asentada en la destrucción de los privilegios de clase. Así hablaba Machado poco antes de la guerra de España. ¿Cómo podía tomar en ella otra actitud

que no fuera la del hombre frente al señoritismo, que negaba este hondo humanismo machadiano?

*A la altura de las circunstancias*

Machado despreciaba a los filósofos, que se atiborran de secas verdades y que "en tiempos de combate se dicen siempre *au dessus de la mêlée*". También había sentenciado que "es más difícil estar a la altura de las circunstancias" que por encima de ellas. Detestaba profundamente la evasión, y de ahí su postulado poético y moral: ser fiel al tiempo, a su tiempo; no huir de él, sino sumergirse en sus vivas entrañas y hacer que la poesía —y la conducta— rezumen temporalidad, fidelidad al tiempo.

La guerra de España fué trágica piedra de toque para sus palabras. Sonaba para su patria una hora dramática, en que su destino, lejos de entrar en contradicción con el de otros pueblos, venía afirmar el de todos. Ya Madrid no era el Madrid del "cucañista", y la planta del señoritismo se había secado. El poeta exclamaba jubiloso:

¡Madrid, Madrid! ¡qué bien tu nombre suena,  
rompeolas de todas las Españas!  
La tierra se desgarrá, el cielo truena,  
tú sonríes con plomo en las entrañas.

Y sonríe también el poeta, como nunca lo habían hecho sus compañeros de generación. Ganivet había puesto fin a sus dolorosos días, atormentado de no hallar la luz que buscaba, tras de haber llamado, desesperadamente a un interiorismo hispánico, que era un regreso a la oscuridad más terrible. Unamuno, abrasándose en la llama de su pasión española, retrocedió, también desesperadamente, hacia una edad muerta. Se replegaba hacia ella, huyendo de la carroña de la tradición, empeñada en perpetuarse en un trágico presente. Y murió en radical soledad, solo contra todos, tal vez —como dijo el propio Machado— contra sí mismo.

Machado supera el interiorismo ganivetiano y el medievalismo unamunescos —dos desesperados portazos al futuro—, y se siente, como rama reverdecida, en el tronco de una España joven. Inspirado por el gesto grave y señorial de los capitanes de la nueva hora, escribe sus últimos

*HUMANISMO Y VISION DE ESPAÑA EN ANTONIO MACHADO*

poemas y muere a la altura de las circunstancias, casi desnudo, como había profetizado en su famoso *Retrato*, cerca de los suyos, entre el dolor de su pueblo, sin llamar la atención de nadie, como él mismo había pedido. Y en el trago supremo pone su muerte —como su vida— a la altura de las circunstancias.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ